

lisis se circunscribe a hechos obvios —el cierre es “el último segmento antes del vacío que sigue al punto final” (28)— o bien a recursos estilísticos que, como el propio autor advierte (162, 163, 175, 187...), no connotan terminación por sí mismos, sino que intensifican la sensación de que se acerca el final, sensación que proviene en primer lugar de la constatación de que no hay más páginas en el volumen.

Además, el estudiar los “cierres” aislados del resto de la novela impide que su estudio tenga algún valor interpretativo —ya se sabe que se escribe al final lo primero que se había pensado decir—. La tipología de finales podía haberse conectado con una tipología de tramas, y descubrir así algún elemento de la gramática narrativa contemporánea, fijar algunas convenciones (y, a la vez, la posibilidad de romperlas). Y, si no se ha utilizado los finales para interpretar los textos, mucho menos se ha hecho de ellos síntomas del pensamiento de los autores o de la cultura contemporánea: a propósito de las “novelas apocalípticas”, se advierte que no se estudiará “la temática apocalíptica” generalizada “en nuestra época traumatizada por amenazas existenciales”, ni “el pensamiento escatológico de los autores tratados” (317).

De todas maneras, estas observaciones son sencillamente una advertencia para el lector: que no ha de buscar en la obra de Kunz profundas especulaciones; y no constituyen un juicio condenatorio del libro, puesto que se alcanzan en buena medida los objetivos que el autor había propuesto: “unos prolegómenos al estudio del final en la literatura narrativa” (385), distinguiendo aspectos básicos, clasificando recursos y sondeando algunos casos peculiares. El logro de la claridad en la distinción y clasificación es discutible; pero no se puede poner en duda que *El final de la novela* es un muy valioso acopio de materiales narrativos que dejan preparado el terreno para quien acepte la invitación que se lanza al final: “empezar a cultivarlo”.

Luis Galván

Universidad de Navarra

CONESA, Francisco y Jaime NUBIOLA. *Filosofía del lenguaje*. Barcelona: Herder, 1999. 319 pp. (ISBN: 84-254-2086-5)

Como los propios autores señalan ya desde las primeras páginas, “el lenguaje es algo tan connatural que cuando alguna de sus sorprendentes características llama nuestra atención todos nos consideramos un poco filósofos” (13). Este es precisamente uno de los méritos principales de este libro, el hecho de que no se restringe únicamente a quienes se dedican científicamente a la filosofía, sino que se propone una meta mucho más ambiciosa: acercar una disciplina tan específica como la filosofía del lenguaje a cualquier persona interesada por el tema, con la intención de despertar su interés y provocar una pequeña reflexión acerca de sus prácticas comunicativas.

El enfoque divulgativo y, al mismo tiempo, científico y riguroso con el que estos dos autores han acometido la no fácil empresa de elaborar un manual de filosofía que resulte accesible para los no filósofos es ya de por sí una iniciativa digna de alabanza que agradecerán no pocos lectores. Por otra parte, es precisamente esta amplitud de miras y la defensa de un enfoque multidisciplinar en el estudio de la filosofía una de

las ideas que más se subraya en estas páginas: la necesidad de la colaboración entre las distintas ciencias de modo que pueda lograrse una visión más humana –y, por tanto, más humanista– de las diversas disciplinas científicas.

El hecho de que la filosofía se haya interesado de un modo especial por el lenguaje durante los últimos cincuenta años no se debe –tal y como señalan Conesa y Nubiola– a que se haya relegado a un segundo plano el estudio de los grandes problemas filosóficos, sino a que ha sido precisamente el lenguaje el ámbito donde la filosofía ha encontrado una clave válida bien para resolverlos, bien para enfocarlos de una manera más satisfactoria.

Antes de dar comienzo a cada una de las cinco partes en las que se divide la obra, se proporciona una breve pero esclarecedora introducción en la que se explica someramente en qué va a consistir cada una de las partes, lo que permite, al mismo tiempo, ir retomando el hilo conductor que aúna los trece capítulos. Es uno de los muchos detalles que manifiestan el gran afán por parte de los autores por que este libro resulte al lector lo más asequible posible. En la primera parte se aborda el tema del signo lingüístico y la disciplina que lo estudia, la semiótica. Se pretende así dar noticia de la tradición que más ha estudiado el lenguaje como sistema de comunicación mediante signos y, por otra parte, esbozar los principales problemas relativos a la interpenetración entre lenguaje, pensamiento y mundo, es decir, entre los signos, los conceptos y las cosas.

En los tres capítulos siguientes la ciencia del significado, esto es, la semántica, es la verdadera protagonista. La relación entre los niveles ontológico y lingüístico en el contexto de las diversas teorías del significado es presentada a través de una sucinta exposición histórica de las principales teorías filosóficas y lingüísticas que han tratado este tema. Por otra parte, se aborda el concepto de referencia en el contexto de las diversas teorías antes mencionadas, así como la reflexión sobre el tema de la verdad que ofrece la filosofía del lenguaje, a fin de que podamos comprender mejor la conexión entre el lenguaje y el mundo.

La tercera parte, titulada *El acto significante: pragmática*, se ocupa precisamente de la dependencia del significado con respecto a factores pragmáticos como el contexto o la intención, es decir, de aquellos aspectos del significado que surgen de forma no convencional cuando las expresiones lingüísticas se usan en situaciones comunicativas concretas. Mientras el primer capítulo se ocupa de la pragmática del significado y estudia cómo influyen los factores pragmáticos en el significado y uso del lenguaje (las relaciones entre semántica y pragmática, los distintos elementos que intervienen en el acto de comunicación lingüística, los actos de habla, la dependencia contextual del significado, etc.), el segundo se ocupa de examinar aquellos aspectos más ligados a la comunicación humana, centrándose en las funciones del lenguaje, en la multiplicidad de formas del discurso humano, en el análisis de la conversación y, finalmente, en el lenguaje como forma de interacción social.

Los cuatro últimos capítulos del libro hacen referencia a cuestiones bastante más específicas dentro de la filosofía del lenguaje como son la teoría de la interpretación (hermenéutica) y la teoría del lenguaje religioso. Se afirma aquí que la interpretación no es concebida por la hermenéutica como una actividad fruto de la abstracción, sino que se realiza mediante el lenguaje y, en consecuencia, tiene una estructura esencial-

mente lingüística, lo que justifica su inclusión dentro de la filosofía del lenguaje. En primer lugar se muestra la evolución de esta disciplina y la concepción del lenguaje sostenida por la hermenéutica contemporánea para después centrarse en ella en cuanto teoría epistemológica del interpretar.

En la quinta y última parte del libro se intenta ofrecer una teoría del lenguaje religioso a la luz de lo tratado en las tres primeras partes, se atiende así al análisis de su sintaxis, semántica y pragmática. Desde este enfoque lingüístico y filosófico se analizan aspectos tan heterogéneos y novedosos como, por ejemplo, las distintas funciones del lenguaje religioso, los diversos usos del lenguaje de la fe, el carácter autoimplicativo del lenguaje del creyente, el carácter realizativo del lenguaje litúrgico o la comunicación religiosa, entre otros.

La bibliografía general, cuya intención es agrupar las distintas referencias e informaciones bibliográficas que han ido proporcionándose al final de cada capítulo, y el índice onomástico y analítico que se ofrecen en las últimas páginas completan y complementan este libro que aspira –y ciertamente lo consigue– a ampliar horizontes y acrecentar las expectativas del lector con respecto a un tema acerca del cual se ha escrito mucho pero sobre el que, sin embargo, no abundan manuales que se detengan en proporcionar una visión panorámica y explicativa de lo que se ha hecho hasta el momento. Éste es sin duda uno de los grandes aciertos de los autores: conseguir acercar una disciplina como la filosofía del lenguaje a cualquier lector interesado, con total independencia de sus conocimientos previos.

El gran esfuerzo de síntesis junto a una exposición clara y coherente, jalonada por la introducción de esquemas, cuadros y gráficos explicativos, ayuda en gran medida a facilitar la comprensión de un libro francamente interesante y bien planteado, que logra condensar lo importante y, al mismo tiempo, suscitar cuantos problemas y polémicas han surgido y continúan surgiendo en este ámbito del saber.

En resumen, nos encontramos ante una reflexión sobre las principales cuestiones de la filosofía del lenguaje contemporánea en la que el planteamiento de las cuestiones fundamentales va acompañado por un recorrido histórico en el que se expone con claridad y precisión una visión más amplia de esta disciplina, atendiendo de un modo especial a figuras tan señeras como Peirce o Wittgenstein y otros muchos autores y corrientes filosóficas que, de un modo u otro, marcaron un hito dentro de la filosofía angloamericana contemporánea. Una interesante revisión, en definitiva, de aquellas cuestiones filosóficas que, tras el denominado “giro lingüístico”, la filosofía logró replantear desde una nueva perspectiva, la del lenguaje.

Mónica Lesaca Burusco  
Universidad de Navarra

MARTÍN ZORRAQUINO, María Antonia y Estrella MONTOLÍO DURÁN. *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*. Madrid: Arco/ Libros, 1998. 286 pp. (ISBN: 84-7635-332-4)

Desde hace algún tiempo la lingüística se ha propuesto constituirse como la lingüística del siglo XXI, es decir, aquella cuyo enfoque es esencialmente de tipo pragmático.